

AGENDA CIUDADANA

CHIAPAS O LA RESPONSABILIDAD POLÍTICA

Lorenzo

Meyer

La Guerra Por Otros Medios.

Si, como señaló Max Weber, la ética política es la ética de la responsabilidad, entonces resulta que en México algo ha fallado, pues la característica del ejercicio del poder político en nuestro país ha sido la opuesta: la de la irresponsabilidad.

De acuerdo con Weber, el político tiene en sus manos un instrumento muy singular: en los casos límite, tiene la capacidad y derecho de decidir sobre la vida o la muerte de sus semejantes, como ocurre al decidir sobre la paz o la guerra.

Y es justamente de guerra de lo que se está hablando, y decidiendo, en México en estos momentos. De guerra interna, pues la otra se hizo imposible desde el fin de la II Guerra Mundial. La guerra posible, claro está, es la de Chiapas, donde hay dos ejércitos frente a frente desde hace diez meses: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el Ejército Nacional. Dos ejércitos muy distintos en efectivos, capacidad de fuego, motivaciones y objetivos, pero que en un punto son similares: en su organización y disciplina. En efecto, el zapatista puede ser un ejército pequeño y mal armado, pero es un ejército, y en ese punto no debe de haber ya duda. En tanto ejércitos, el mando último del EN y del EZLN esta en manos de los políticos: el presidente de la república y el Comité Clandestino Revolucionario

Indígena, Comandancia General (CCRI-CG), respectivamente. Y es aquí donde el asunto de la responsabilidad -o falta de ella- adquiere toda su dimensión.

La guerra de Chiapas en enero fue cruenta pero corta; tanto zapatistas como gobierno -presionados por una sociedad civil que se oponía a la guerra- decidieron continuar su lucha por otros medios: los políticos. Tal decisión dio pie a las negociaciones directas en la catedral de San Cristobal. Sin embargo, la vía negociación de alto nivel se empezó a empantanar el 10 de junio, tras el rechazo del EZLN a las contrapropuestas del gobierno a sus 34 puntos presentados el 1° de marzo. La sustitución en ese mes del comisionado para la paz, Manuel Camacho -miembro prominente del minúsculo grupo que conformó la élite política salinista- por Jorge Madrazo -personaje honorable pero secundario-, mandó al limbo a la negociación directa. El primer plano lo ocuparon entonces las maniobras del gobierno para aislar al zapatismo, y de éste para expandir su influencia fuera de Chiapas por la vía de la Convención Nacional Democrática.

Multiplicación de Actores y Complicaciones

En la Declaración de la Selva Lacandona de los zapatistas, se justificó la guerra al ejército federal y la ilegitimidad de Carlos Salinas como medios indispensables para lograr trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz. En el pliego petitorio del 1° de marzo, la primacía de lo político se hizo más nítida: en él se presentaron 34 puntos pero los dos primeros, eminentemente

políticos, condicionaron a los demás: I) elecciones verdaderamente libres y democráticas, II) la renuncia de Salinas a la presidencia y la formación de un gobierno de transición.

En su respuesta, el gobierno federal se negó a tomar en consideración los temas iniciales del pliego petitorio zapatista, aunque la tercera reforma política fue una manera indirecta y parcial de responder a la primera exigencia. Tras la consulta a sus bases, el EZLN no aceptó el rechazó a sus demandas políticas a cambio de una *pronasolización* del resto mediante la promesa de electrificación, hospitales, viviendas, etcétera. Vino entonces un impasse, pero como la vida política no puede en realidad detenerse, el proceso chiapaneco siguió por otros caminos. Uno, fue la multiplicación de los actores sociales al calor del conflicto; algunos eran nuevos y otros ya estaban, pero se dinamizaron. Y es ahí donde se encuentra el nudo gordiano del sur: hay mucha energía política en Chiapas, pero no existe el orden institucional que la pueda procesar de manera pacífica y constructiva.

Los actores sociales politizados son, en verdad, muchos. La política chiapaneca navega sobre un mar embravecido de siglas y fuerzas encontradas: EZLN, PRI, PRD, CNDH, Convención Nacional Democrática, Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, Asociación Rural de Interés Colectivo, Unión de Uniones, Organización Campesina Emiliano Zapata, Asamblea Estatal del Pueblo Chiapaneco, MOSOCI, COMPAZ, Coletos Auténticos, Coletos Genuinos, Coordinadora de Organizaciones Civiles de Chiapas, Procuraduría Electoral del Pueblo Chiapaneco, Tribunal

Electoral del Pueblo Chiapaneco, las iglesias católica y evangélicas, etcétera. Y, desde luego, al principio y al final están las étnias: tzeltales, tzotziles, tojolabales, choles y mestizos que han empezado a poner en práctica su proyecto de constituir regiones autónomas (11 municipios); luego los pueblos mismos y sus intereses propios.

La naturaleza íntima del sistema de dominación de partido de Estado en México es -para usar el término del politólogo español Juan Linz- la de un pluralismo limitado. Esto quiere decir que sólo funciona si la participación política se limita a aquellos líderes y grupos que tienen el visto bueno del gobierno. Sin embargo, hoy el pluralismo chiapaneco escapó al control tradicional del sistema como consecuencia del EZLN y de la evolución política nacional. El gobierno y su partido no están preparados para enfrentar esta situación inédita que los pone en peligro.

Una Situación ya Difícil, Empeora

La decisión de los zapatistas de buscar sus objetivos por medios de la guerra, fue el resultado de una mezcla explosiva: a) el fracaso de las instituciones políticas para procesar demandas legítimas, b) un sentido de agravio profundo, histórico, de los demandantes, y c) el nacimiento en los agraviados de la conciencia de que su situación podría tener remedio si exigían con las armas lo que no había podido conseguir por otros medios. Y fue así como el EZLN y llegó a la conclusión de que la única forma de superar la marginalidad no era un Pronasol a su medida,

sino poner fin al viejo juego autoritario y excluyente, incluso por la fuerza.

El radicalismo zapatista fue un catalizador. Surgieron o renacieron organizaciones y grupos indígenas deseosos de aprovechar la debilidad gubernamental para conseguir independencia y tierra. Se iniciaron movilizaciones e invasiones de propiedades privadas que, a su vez, obligaron a una reacción de los afectados -PRI, agricultores y ganaderos. Ocupaciones y desalojos se han dado de manera sucesiva; hasta hoy la violencia abierta ha sido poca, comparada con la potencial, pues la sociedad chiapaneca es hoy una sociedad crispada y al borde de un nuevo estallido.

La respuesta del gobierno de Salinas no ha estado a la altura, simplemente ha buscado ganar tiempo a la espera de que su sexenio concluya y el titular se marche a un alto cargo internacional. En esta solución temporal el primer paso fue tender el cerco militar, aumentar las actividades de inteligencia y rearmar al ejército; al mismo tiempo, se puso fin al disfuncional dominio político de Patrocinio González sobre Chiapas, se nombró un comisionado para iniciar la negociación y se dejó de exigir la rendición incondicional de los rebeldes. Al mismo tiempo se reactivó al Pronasol -única respuesta posible del salinismo a cualquier malestar social- y se inició un proceso de reconstrucción de viejas instituciones y de debilitamiento -mediante cooptación y amenazas-, de las fuerzas emergentes; es por ello que ahora hay ya varias organizaciones chiapanecas que tienen una rama gobiernista y otra independiente y en furiosa

disputa por el espacio. Finalmente, y no obstante las advertencias en contra, el gobierno decidió empatar la elección estatal con la nacional para montar la campaña electoral estatal sobre la nacional y dar forma a un nuevo gobierno local priísta que coincidiera en su entrada con la de la nueva presidencia. Es aquí donde reside el problema inmediato más grave.

La elección chiapaneca pudo haberse pospuesto para mejor momento y no complicar aún más las disputas locales. El nuevo triunfo priísta para la gubernatura obliga ahora a todos los actores que forman la tupida red política de Chiapas a definirse frente a la victoria oficial del candidato oficial y antiguo colaborador de gobiernos de triste memoria -Eduardo Robledo Rincón- y la derrota oficial del candidato de oposición apoyado por el EZLN: el periodista Amado Avendaño. A medida que se acerca la fecha de toma de posesión de Robledo Rincón -8 de diciembre- la situación se tensa más. El EZLN, como todos sabemos, ya suspendió su negociación con el gobierno, empantanada de tiempo atrás, y se puso en alerta roja.

Una Receta Para la Desactivación de la Bomba.

Intentar una "solución final" militar del problema chiapaneco -que es nacional- sería una irresponsabilidad. Como se desprende del resultado electoral de agosto, la sociedad chiapaneca y la nacional están ya muy divididas en relación a la gran agenda política.

Es cierto que la capacidad de fuego del ejército nacional es muy superior a la del EZLN, pero una victoria de las fuerzas del gobierno sobre un ejército indígena sería un triunfo sin

legitimidad y equivaldría a una derrota política. Con una solución violenta -que podría tornarse complicada si el EZLN logra transformarse en guerrilla clásica con apoyo nacional- la descomposición de todo un sistema de poder cuya viabilidad esta en duda bien podría desembocar en un retroceso general.

Ante la reticencia -¿irresponsabilidad?- mostrada por los líderes políticos formales a buscar la verdadera solución mediante una auténtica transición democrática, es indispensable que una vez más la sociedad civil en su sentido amplio vuelva ha tomar un papel protagónico, como lo hizo en la Ciudad de México en el momento del terremoto o en enero de este año para detener los combates. Pese a la fatiga que dejó la lucha electoral, se debe de reiniciar la movilización para obligar a los actores confrontados a retornar a la mesa de negociaciones, pero honestamente, sin trampas. Quizá la iniciativa presentada el 13 de octubre por el obispo Samuel Ruiz para crear una Comisión Nacional de Intermediación (CNI) -y que no ha sido bien recibida por el gobierno- pueda ser la chispa que eche a andar una dinámica positiva que reabra el nuevo diálogo.

Hay que moverse rápido y con determinación. Es necesario que la sociedad impida que al tomar posesión Robledo Rincón el 8 de diciembre se den cita en la misma arena el agravio histórico y la voluntad autoritaria, pues se puede desembocar en la solución catastrófica y retrocederíamos a 1968 y a la época de la guerra sucia de los setenta. Los mexicanos merecemos algo mejor.